

Algunos apuntes acerca de la Psicología Ambiental

Some notes about Environmental Psychology

Sergi Valera Pertegás¹

María del Carmen Aguilar-Luzón²

Lucía Poggio Lagares³

Resumen: La delimitación de la psicología ambiental como disciplina se fundamenta en su carácter eminentemente aplicado al prestar atención a los procesos que guían la relación entre las personas y sus entornos. El resultado se traduce en criterios para poder intervenir sobre el contexto físico desde una perspectiva psicológica y social. Para ello es necesario ampliar el concepto de entorno más allá de sus características físicas para entenderlo como entorno sociofísico, cruce de variables ambientales y significados sobre los que se basa la experiencia ambiental humana. En este texto se presenta la psicología ambiental como disciplina científica, se desgrana la articulación entre los aspectos físicos y psicosociales del entorno y se analizan algunos casos de intervención en arte público urbano, cuyos impactos dispares ilustran cómo la activación de diversos procesos de significación ambiental determina nuestra relación con el entorno.

Palabras clave: arte público; intervención ambiental; psicología ambiental; significado ambiental.

Abstract: Environmental psychology as a discipline focuses on an applied character by paying attention to the processes that guide the relationship between people and their environments. As a result, it provides criteria for intervening on the physical context from a psychological and social perspective. To do this, it is necessary to expand the concept of environment beyond its physical characteristics to understand it as a socio-physical environment, a cross between environmental variables and meanings on which the human environmental experience is based. In this paper, we introduce environmental psychology as a scientific discipline. Moreover, the articulation between the physical and psychosocial aspects of the environment is discussed. Finally, some cases of intervention in urban public art are analyzed, whose disparate impacts illustrate how the activation of various processes of environmental meaning determines our relationship with the environment.

Keywords: public art; environmental intervention; environmental psychology; Environmental meaning.

Ensayo. Recibido: 26/01/2021 | **Aprobado:** 10/05/2021 | **Publicado:** 30/06/2021

¹ **Afiliación Institucional:** Universitat de Barcelona, Barcelona, España. **Correo electrónico:** svalera@ub.edu. **ORCID:** <https://orcid.org/0000-0002-6820-4697>. Doctor en Psicología y Máster en Intervención Ambiental por la Universitat de Barcelona. Profesor Titular del Departamento de Psicología Social y Psicología Cuantitativa, UB. Es coordinador del Programa de Postgrado "Análisis e Intervención Social y Ambiental" UB-UAB. Es profesor del Programa de Doctorado en Espacio Público y Regeneración Urbana de la UB así como del Programa de Doctorado en Arquitectura de la Universidad Nacional del Litoral en Santa Fe, Argentina. Es miembro del Grupo de Investigación Consolidado PsicoSAO (Grupo de Investigación en Psicología Social, Ambiental y Organizacional).

² **Afiliación Institucional:** Universidad de Granada, Granada, España. **Correo electrónico:** maguilarluzon@ugr.es. **ORCID:** <https://orcid.org/0000-0001-9689-6283>. Doctora en Psicología Social por la Universidad de Granada. Doctora en Psicología Social por la Universidad de Granada. Profesora Titular de Psicología Social en la Universidad de Granada, donde imparte docencia en Grado y en el Máster de la Intervención Social. Profesora de la Escuela Internacional de doctorado de Ciencias de la Salud e investigadora en el grupo de Investigación VALCREAC (Valores, Actitudes, Creencias y Conductas-HUM196). Actualmente, es la Directora del Dpto. de Psicología Social de la Universidad de Granada.

³ **Afiliación Institucional:** Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España. **Correo electrónico:** luciapoggio@psi.ucm.es. **ORCID:** <https://orcid.org/0000-0002-7413-5560>. Doctora en Psicología ambiental en la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Profesora Ayudante en la misma universidad en Doctorado en Psicología ambiental y en el Máster Universitario en Psicología Social. Es coordinadora de las prácticas externas del Máster en Prevención en Riesgos Laborales (UCM). Su línea de investigación principal ha sido la personalización de ambientes residenciales.

Introducción

Cuando las editoras de este número nos invitaron a participar con un texto introductorio acerca de la psicología ambiental, aceptamos inmediatamente agradeciéndoles enormemente la invitación. Sin embargo, ante la pantalla en blanco, las dudas empezaron a surgir. La primera tentación era la de hacer un acercamiento “clásico” al tema, con una buena definición y un repaso por los principales temas que caracterizan la disciplina. En definitiva, una versión exprés de un manual académico⁴. Descartada esta opción, la siguiente era hablar sobre la disciplina a la que hemos dedicado gran parte de -si no toda- nuestra actividad académica, tanto docente como investigadora. Demasiado personalismo extemporáneo. Finalmente, aunque sin duda estarán presentes elementos de las dos opciones a priori descartadas, optamos por tratar de exponer por qué creemos que una disciplina como la psicología ambiental puede ser útil en el mundo que vivimos; en definitiva, qué hay de psicoambiental en nuestro quehacer cotidiano y cómo esta toma de conciencia produce, a través del principio de emancipación propio de las ciencias sociales, una ciudadanía más consciente de su relación con el entorno que habita.

Para empezar, baste solo con pensar que los planes de prevención de la propagación de la Covid-19, que los gobiernos arbitran a nivel general, corren distinta suerte dependiendo, entre otras, de las condiciones de la vivienda (Corburn, et al., 2020) y la regulación de la actividad laboral (Jones, Philippon y Venkateswaran, 2020), de la disponibilidad de espacios públicos adecuados (Low y Smart, 2020; O’Connor, 2020; Samuelsson, et al., 2020), o del espacio personal -distancia en la interacción social- (Sen-Crowe et al. 2020) que depende de factores tanto personales como culturales (Abdelrahman, 2020). En definitiva, de variables psicoambientales, cuyo impacto, además, incide sobre otros problemas sociales como, por ejemplo, la inseguridad ciudadana (Mohler, et al., 2020). Pero empecemos desde el principio.

La psicología ambiental como disciplina híbrida

La psicología ambiental surge en la segunda mitad del siglo XX en un momento en el que se produce una doble dislocación en la manera de entender nuestra relación con el entorno construido. Así, desde la arquitectura empieza a cristalizar la idea de que, más allá de técnica y estética, hay que empezar a poner en el foco al habitante, a la ciudadanía, al usuario y su manera de entender el espacio. Sin duda fue importante el impacto de textos como *La poética del*

⁴ Para un acercamiento a la psicología ambiental ver, entre otros, Aragonés y Américo (2010), Granada (2008), Navarro (2012), Pol et al. (1999). También: http://www.ub.edu/psicologia_ambiental/psicologia_ambiental

espacio de Gastón Bachelard (1957), *El derecho a la ciudad* de Henri Lefebvre (1967) o *Muerte y vida de las grandes ciudades* de Jane Jacobs (1961). Desde posicionamientos muy distintos entre sí, en estos textos resuenan los procesos de construcción social del espacio y, en el fondo, presentan un acercamiento psicológico o psicosocial al fenómeno urbano. Algunos arquitectos aceptaron el reto -solo a título de ejemplo podemos citar al finés Juhani Pallasmaa, al catalán Josep Muntañola o al argentino Marcelo Zárate- aunque el tema no está en absoluto superado y, en demasiadas ocasiones, continúa vigente el viejo lema “todo para el pueblo, pero sin el pueblo”. Sirva como muestra una entrevista a Ana Naomi de Sousa, periodista y documentalista radicada en Londres que ha trabajado para Al-Jazeera, The Guardian y Amnistía Internacional, entre otros. En 2014 lanzó la serie documental *Rebel Architecture*, que buscaba visibilizar la labor de seis arquitectos internacionales cuyo trabajo aborda problemas sociales, políticos o medioambientales y reflexionando sobre el tema expone:

Primero, creo que la arquitectura y los arquitectos tienen un serio problema de comunicación para dialogar con otras disciplinas y con el resto del mundo en general. Utilizan lenguajes sólo accesibles a ellos mismos, exponen su trabajo principalmente en medios súper especializados que sólo consiguen distanciarles de la sociedad. (...). Por otro lado, me di cuenta de que los arquitectos son egocéntricos y tienden a posicionarse en el centro de las respuestas a los problemas de la ciudad, cuando en realidad son sólo un actor más. Es importante que afronten formas de trabajar más colaborativas y participativas, poniendo su voz al mismo nivel que otras (de Sousa, 2018, párrafo 13).

Por otra parte, la psicología no había tomado franca conciencia del papel del entorno físico en los procesos que estudiaba. En sus inicios, la psicología de Wundt es básicamente introspectiva y ello derivará posteriormente en el estudio de los fenómenos más “recónditos” de la naturaleza humana como las instancias psicoanalíticas o las teorías de la personalidad. Por su parte, el conductismo tomará ciertamente en consideración al entorno, pero solo como fuente de estímulos que, de manera unívoca, modelan nuestro comportamiento. Finalmente, la psicología experimental tratará de neutralizar al máximo la “contaminación” de las variables ambientales sobre los experimentos, siendo el laboratorio una metáfora de la negación del entorno. En este sentido debe entenderse la crítica que Bronfenbrenner lanzaba en 1979 hablando en este caso de la psicología del desarrollo: Puede decirse que buena parte de la psicología del desarrollo, tal como existe actualmente, es la ciencia de la extraña conducta de los niños en situaciones extrañas, con adultos extraños, durante el menor tiempo posible (Bronfenbrenner, 1987, p. 38).

Al hilo de esta cita, Esteban-Guitart (2012) comenta:

La crítica es profunda ya que considera que la metodología utilizada para generar conocimiento es limitada y susceptible de sesgar lo que ocurre realmente: en niños y niñas «reales», haciendo cosas «reales», con adultos «reales». Por lo tanto, si la metodología no es fiable, no mide aquello que se pretende medir, entonces el conocimiento tampoco lo es. Es decir, la psicología del desarrollo humano basada en la ecología artificial de los laboratorios es un sinsentido (Esteban-Guitart, 2012, p. 106).

Así pues, aunque tanto la arquitectura como la psicología habían vivido (y, en cierto modo, aún viven) historias paralelas sin mirarse de frente, algunas cosas estaban cambiando. Durante los años 70 se analizaron las relaciones entre espacio físico y comportamiento (Proshansky, Ittelson, y Rivlin, 1970) estudiando, por ejemplo, la influencia del tamaño de las habitaciones en los usos y funciones sociales en hospitales psiquiátricos (Ittelson, Proshansky y Rivlin, 1972), o la organización del espacio físico y su influencia sobre la privacidad, la territorialidad o el hacinamiento (Proshansky, Ittelson, y Rivlin, 1970). Ya a finales de los años 60, Barker había fundado la Estación Psicológica en Kansas aplicando principios gestálticos para elaborar el concepto de “behavior setting” (Barker, 1968), posiblemente el primer constructo claramente psicoambiental y precursor de una visión del entorno como sistema o red compleja (Valera, 2020).

En este contexto, la psicología ambiental surge en la segunda mitad del siglo XX como respuesta de la psicología, y especialmente de la psicología social, a los retos planteados por la arquitectura y el urbanismo a la hora de repensar el espacio construido, hasta el punto de que en sus inicios fue llamada “psicología de la arquitectura”. Enric Pol (Pol, 1988; 1993) lo explica de esta manera:

El optimismo del progreso, el crecimiento económico, los profundos cambios en la estructura de producción, y la concentración urbana en las ciudades en plena reconstrucción, serán factores que cuestionarán grandes problemas a arquitectos, técnicos y urbanistas, y con la conciencia de responsabilidad social que caracteriza a la época les harán buscar respuestas en las ciencias sociales (1988, p. 41).

También, en el contexto académico la disciplina se vincula estrechamente con la psicología social. En este sentido, los dos primeros programas de formación en psicología ambiental fueron fundados y dirigidos por psicólogos sociales: en Estados Unidos, el programa de la CUNY en Nueva York (1968) y, en Europa, el de Surrey –Gran Bretaña– (1973) promovidos respectivamente por Harold Proshansky y por David Canter. En la actualidad, su actividad suele estar ubicada

dentro de los departamentos de psicología social (en el caso de que estén reconocidos) o en grupos de investigación con intereses psicosociales. Sin embargo, las asociaciones que definen la comunidad científica y profesional en la que se enmarca la psicología ambiental están marcadas por un carácter claramente pluridisciplinar. Este es el caso de las principales asociaciones: EDRA (Environmental Design Research Association) en América, IAPS (Association for the Study of People and Their Physical Surroundings) en Europa, REPALA (Red de Psicología Ambiental Latinoamericana) o ABRAPSA en Latinoamérica, PSICAMB en el ámbito hispanoportugués, ARPEEnv en Francia, entre otros. En ellas, psicólogos ambientales y psicólogos sociales, comparten sus intereses con geógrafos, arquitectos, urbanistas, sociólogos, antropólogos, entre otros. En definitiva, a pesar de la fuerte impronta de la psicología social, la psicología ambiental puede considerarse, en buena medida, una disciplina híbrida.

Quizás uno de los ejemplos más claros en este sentido se encuentre en el ámbito de la cognición ambiental. Efectivamente, dentro de esta área se ubica uno de los tópicos más claramente identificables con la psicología ambiental: los mapas cognitivos. Sin embargo, la historia y evolución de este tópico se halla, en gran medida, alejada de los preceptos de la psicología social. Los antecedentes del estudio del mapa cognitivo han de buscarse, a principios del siglo XX, en el concepto de "mapa imaginario" del geógrafo Trowbridge en 1913. Años más tarde, desde la psicología animal experimental, el neoconductista Tolman, publica en 1948 un artículo titulado "Mapa cognitivo en ratas y hombres", primera referencia literal al constructo. No obstante, la consagración definitiva del estudio de los mapas cognitivos se debe a un urbanista, Kevin Lynch, quien en 1960 publica su clásico libro "The Image of the City". Preocupado por los efectos funcionales del planeamiento urbano sobre la conducta de las personas, Lynch realizó una investigación en la que, a través de dibujos, itinerarios y reportes, llegó a la conclusión de que, aun cuando cada persona posee una representación mental distinta y única de su ciudad, existen unos patrones y unos elementos estructurales recurrentes los ya clásicos cinco elementos del mapa cognitivo: caminos, bordes, áreas, nodos e hitos. A su vez, definió tres características de toda imagen ambiental: legibilidad, claridad y significado, entendidas como tres formas de introyectar la forma urbana.

A partir de este estudio pionero, la investigación sobre mapas cognitivos ha desarrollado una de las más extensas literaturas en psicología ambiental. Los resultados de Lynch han sido replicados y analizados en numerosas ocasiones y contextos, así como interpretados desde distintas perspectivas, principalmente desde la psicología cognitiva. Así, el geógrafo Downs y el psicólogo Stea (Downs y Stea, 1977) interpretan el mapa cognitivo como esquema cognitivo destacando sus características funcionales para la persona. Por su parte, Leff (1978), recogiendo el modelo de procesamiento de la información elaborado

por Miller (Miller, Galanter y Pribram, 1960) y denominado secuencia "TOTE" (prueba-operación-prueba-salida), interpreta el mapa cognitivo en relación con el concepto de plan en el que se ponen en relación el procesamiento de la información ambiental, la experiencia ambiental y la conducta ambiental. Por su parte, Roger Hart y Gary Moore (Hart y Moore, 1973) han analizado los mapas cognitivos hechos por niños desde la perspectiva evolutiva de Piaget e Inhelder, pudiendo identificar las etapas piagetianas respecto a la construcción cognitiva del espacio. Finalmente, la psicología social también ha aportado su perspectiva de análisis al estudio de los mapas cognitivos. Destacaremos la relación que Stanley Milgram (1976; 1977) estableció entre mapa cognitivo y estilo de vida, la de Terence Lee (1968) con el nivel de relaciones sociales y participación social que se dan en el área representada, la incidencia de la "relevancia social" de las áreas (Milgram et al., 1972) o la interpretación de los mapas cognitivos desde la teoría de las representaciones sociales (Milgram, 1984).

La indisociable relación entre lo ambiental y lo social

Más allá de aspectos puramente disciplinares, la psicología ambiental encuentra su razón de ser a partir de dos ideas tan simples en su formulación como potentes en sus consecuencias. La primera es que el ser humano es un ser social: las personas necesitan de la interacción con sus semejantes para desarrollarse como individuos y como sociedad, y los productos más genuinamente humanos (la escritura, las teorías científicas, las ciudades, ...) son, sin duda, el resultado de la actividad social. La segunda idea resulta, si cabe, más evidente: el ser humano está siempre ubicado, Dicho en otras palabras, las personas estamos en estado permanente frente a las múltiples variables que definen nuestro entorno. Incluso cuando dormimos estamos interactuando con factores térmicos, sónicos, olfativos o cenestésicos; en definitiva, no podemos "no estar". Así pues, la experiencia psicológica de nuestro entorno está nutrida de una red compleja de aspectos psicológicos, ambientales y sociales. Y cualquier quehacer que implique cambios o modificaciones en el contexto físico alterará inevitablemente esta red. Veamos un ejemplo.

En 1964, Ruth Glass observaba un fenómeno social en Londres que definió, irónicamente, como "gentrificación":

Una por una, muchos de los barrios de clase trabajadora de Londres han sido invadidos por las clases medias-altas. Una vez que este proceso de 'gentrificación' comienza en un distrito, continúa rápidamente hasta que todos o la mayoría de los ocupantes originales de la clase trabajadora son desplazados y todo el carácter social del distrito cambia (Glass, 1964, p. 18; citado en Hamnett, 2003, p. 2401).

El propio Hamnett (1984) define más tarde la *urban gentrification* como un fenómeno simultáneamente físico, económico, social y cultural que implica la invasión, por parte de clases medias-altas, de vecindarios obreros y áreas mixtas, así como el desplazamiento o reemplazo de los habitantes originales. Efectivamente, los procesos de regeneración urbana a menudo provocan que los cambios producidos atraigan a clases sociales superiores a las pre-existentes, las cuales no pueden soportar las plusvalías generadas, produciéndose una *rent gap* o brecha de renta, lo que acaba con su expulsión (Duque, 2010). De nuevo nos encontramos aquí ante un ir y venir entre lo ambiental y lo social, lo social y lo ambiental: los cambios urbanísticos producen un potente impacto económico y social y, a su vez, el fenómeno resultante transforma significativamente el paisaje urbano mediante, en el mejor de los casos, una reinterpretación “alto standing” de las formas de hacer, los valores o las manifestaciones de cultura urbana originales. Además, autores como Sequera (2013) señalan que el proceso de la gentrificación es relevante en el ámbito psicosocial por producir “una auténtica dislocación social y profundas secuelas psicológicas, físicas y emocionales a los vecinos que son totalmente contrarios al derecho a la ciudad, vivienda y a los propios derechos humanos” (p. 58).

Actualmente el concepto de gentrificación ha expandido su significado y sus efectos pueden ser originados, aunque parezca contradictorio, por discursos y actitudes proambientales. Es el caso de la *green gentrification* o desplazamiento de población por “transformación verde” de zonas urbanas. En palabras de Gould y Lewis (2017):

No hay duda de que las iniciativas en favor de más espacios verdes en las ciudades y de la sostenibilidad van orientadas a temáticas ambientales, espacialmente el cambio climático. Sin embargo, sin políticas que estén atentas a los aspectos de justicia social implicados en la sostenibilidad, la creación de verde urbano puede generar una gran inequidad, y fomentar la creencia de que el ambientalismo y los ambientalistas son elitistas (p. 4).

Resumiendo, toda intervención ambiental comporta, necesariamente, un impacto psicosocial ya que, al cambiar las condiciones físicas, cambian también las relaciones que las personas mantienen con sus entornos (comportamientos, percepciones, creencias, afectos, actitudes), e incluso pueden cambiar las propias relaciones sociales. Si bien el concepto de gentrificación nos ha permitido vislumbrar esta mutua implicación entre lo social y lo ambiental, los siguientes ejemplos, vinculados a intervenciones urbanas de arte público, nos permitirán profundizar en los aspectos psico-socio-ambientales de la experiencia urbana.

En arte público no todo vale. El caso de Tilted Arc

En 1979 la Fundación Nacional para las Artes de EE. UU. (NEA por sus siglas en inglés) encargó al afamado escultor Richard Serra la creación de una obra de arte dentro del programa "Arte en Espacios Públicos" de la Agencia Federal para la Administración de Servicios Generales (GSA). En julio de 1981 fue inaugurada la pieza *Tilted Arc*, un monumental arco de acero oxidado de 6 metros de altura, más de 36 metros de largo y un peso de más de 73 toneladas ubicada en medio de la Plaza Federal o Foley Square, en el Lower Manhattan de New York, frente al segundo edificio oficial más grande del país después del Pentágono, el Jacob K. Javits Federal Office Building, sede de la propia GSA.

Figura 1

Tilted Arc, Richard Serra



Nota: Tomado de imagejournal.org/article/gravity-and-grace/tilted-arc/-SaoPaulo_Municip_Sertaozinho.svg.png

Dos meses después de su inauguración, 1.300 firmas de empleados y trabajadores del edificio y alrededores ya pedían su demolición a la GSA. Tres años después un congresista neoyorkino y un juez federal hacían lo propio.

Muchas fueron las opiniones negativas que se derramaron por entonces, pero leamos solo la de Joseph Liebman recogida por Horowitz (1996):

He trabajado en 26 Federal Plaza desde 1969. Aunque la plaza nunca cumplió todas mis expectativas, al menos hasta 1980, lo consideraba un espacio de relajación donde podía caminar, sentarme y contemplar sin prisas. Tanto ahora como entonces, los rayos de sol bañan la plaza, creando nuevas vistas y estados de ánimo debido al espacio vibrante y no desafiante. Recuerdo esos momentos: recuerdo el rocío fresco de la fuente empañando el aire caliente; recuerdo los conciertos de la banda; recuerdo los sonidos musicales de los niños del barrio que jugaban en la plaza, mientras sus madres, refugiadas bajo el juzgado, mecían carritos de bebé, sin dejar de cuidar a sus hijos mientras jugaban. Recuerdo caminar libremente por la plaza, contemplando el interrogatorio de un testigo, sin que me molestara la presencia de otras personas conversando o de jóvenes enamorados tomados de la mano. También recuerdo mis sueños de áreas de descanso adicionales, eventos culturales, exhibiciones temporales al aire libre de esculturas y pinturas, festivales de danzas étnicas y espectáculos infantiles.

Todas esas cosas son ahora sólo recuerdos. Indiferente a los cuidados y a los logros artísticos de su creador, Tilted Arc fracasa en la adición de valor significativo a la plaza. El arco nos ha condenado a llevar vidas más vacías. Los niños, las bandas y yo ya no visitamos la plaza. Además, el arco divide el espacio contra sí mismo. Cualquiera que fuese el valor artístico que el arco pueda tener no justifica la interrupción de la plaza y de nuestras vidas. El arco, una creación de mano mortal, cederá. Reubíquenla en otra tierra. Indúltennos de nuestra desolada condena (Horowitz 1996, p. 10).

Finalmente, en marzo de 1989, diez años después del encargo realizado a Richard Serra, Tilted Arc fue retirado de la plaza y destruido. Pero ¿qué había ocurrido? Más allá de la controversia entre defensores y detractores de la obra (Horowitz, 1996), lo cierto es que una intervención ambiental, aunque consistiera en la incorporación de una obra de arte público de un reputado artista, había transformado radicalmente la dinámica social de la plaza, modificando el comportamiento de sus usuarios y, quizás lo más importante, alterando profundamente el significado del espacio y su valor social. El impacto psicosocial fue, pues, demoledor.

Sirva también este ejemplo, junto con la declaración de Joseph Liebman, para constatar un punto esencial. La estrecha relación que estamos planteando entre lo social y lo ambiental se sostiene si somos capaces de ir un poco más allá de las definiciones clásicas de psicología ambiental, según las cuales la disciplina

estudia las relaciones entre las personas y sus entornos físicos (referencias). En propiedad, con lo que nos relacionamos es con una especie de cruce o producto entre las variables ambientales de nuestros entornos y los significados que otorgamos a estos entornos o a sus variables. Es precisamente ese entorno, que podemos denominar sociofísico, la base de nuestra experiencia ambiental. Y es precisamente esa experiencia o, mejor dicho, la revocación de esa experiencia, la que padece Joseph Lieberman y que transforma radicalmente su relación con la plaza, entendida, ahora sí, como la combinación indisociable de elementos físicos, psicológicos y sociales. Y es por ello que cualquier alteración de algunos de los términos de esta ecuación transforma indefectiblemente el resultado.

El mural de la Memoria de Baró de Viver, Barcelona

Una de las conclusiones más interesantes a las que ha llegado la psicología ambiental es que las relaciones positivas con nuestros entornos físicos contribuyen de manera importante tanto al desarrollo del bienestar de las personas como a la salud social o comunitaria de dichos entornos. Este es uno de los principios guía del grupo de investigación CER Polis de la Universidad de Barcelona, un grupo interdisciplinar liderado por Antoni Remesar y en el que participan investigadores del ámbito de la escultura y el diseño urbano, en la facultad de Bellas Artes, psicología ambiental, en la facultad de Psicología y Sociología urbana, en la Facultad de Economía, entre otros. Este grupo, especializado en procesos participativos comunitarios e intervenciones artísticas en el espacio público, ha dedicado los últimos 20 años a trabajar en los barrios situados en los márgenes del río Besòs, en Barcelona, facilitando procesos de transformación comunitaria a través del arte (Remesar, 2019; Remesar et al., 2013).

Así, en 2004, en el marco del Plan Comunitario de Barrios iniciado en 2002, y en un proceso participativo para generar ideas de mejora del barrio de Baró de Viver, algo ocurrió. Así lo relatan Tomeu Vidal junto al resto de impulsores (Vidal et al., 2012):

A la manera de las mejores oportunidades, este proceso surgió del azar. En el año 2004, unos jóvenes del centro cívico del barrio de Baró de Viver se preguntaban por qué la imagen de su barrio era negativa y cómo podría mejorarse. El hecho que una profesora de varios de los chicos conociera algunas metodologías para el análisis del espacio público desarrolladas desde el CER Polis, junto a la predisposición de los jóvenes, facilitó el contacto entre ambos, lo que supuso el inicio de lo que relatamos a continuación (p. 32).

Los principales problemas detectados por los adolescentes se aglutinaban en torno a las pésimas condiciones del espacio público, relacionadas con su “falta de diseño” y la presencia de “espacios sobrantes”, “degradados” y “poco representativos”. Tras la aplicación de diversas técnicas participativas y rutas guiadas por el barrio se acordó elaborar propuestas de diseño para lograr un espacio público representativo y de calidad, que pudieran mejorar la imagen del barrio. En este punto del proceso resultó fundamental la construcción de una maqueta del barrio. La maqueta resultó una verdadera objetivación del proceso de apropiación del barrio (Vidal y Pol, 2005), convirtiéndose en un objeto que había que enseñar al resto de personas, asociaciones y entidades.

La exposición de esta maqueta a todo el barrio en 2009 fue el detonante de un proceso de participación comunitaria intenso. Sobre ella se trabajaron y discutieron diversas propuestas de mejora del espacio público, entre las que destacaban dos: por un lado, la creación de una rambla como espacio de encuentro vecinal, con sus elementos de mobiliario urbano y arbolado característicos y con referencias simbólicas a la identidad del barrio; por otro, el tratamiento de la salida del metro y de una pantalla acústica que separaba el barrio de uno de los principales nudos viarios de la ciudad, lugares en ese momento anodinos. Sobre esta última se decidió elaborar un mural que fuera representativo del barrio.

Figura 2

El Mural de la Memoria de Baró de Viver



Nota: Tomado de samuel.padilla.com

Para la elaboración de este mural se invitó a los vecinos a que llevaran a la sede de la Asociación de Vecinos, fotografías, recortes de prensa y documentos de todas las épocas relacionados con Baró de Viver que les gustaría que apareciesen en el mural. El 10 de abril y el 2 de junio de 2010 se realizaron unas jornadas populares en las que se presentaron cientos de fotos y documentos y se discutió qué imágenes poner en el mural. Finalmente, el 11 de febrero de 2011 se inauguraba solemnemente el Mural de la Memoria de Baró de Viver, una pieza de arte monumental, de 478 m² de superficie en la que, “como se indicaba en la postal de inauguración, se narra la memoria del Baró de Viver, escrita por sus vecinos, a partir de sus vivencias cotidianas, llena de recuerdos, historias y hechos vividos, compartidos o conocidos en el barrio” (Vidal et.al., 2012, p. 37).

Desde la perspectiva psicosocial, el mural es la plasmación en el espacio público de la identidad social del barrio de Baró de Viver. Tanto el proceso de creación como su concreción final activaron la idea de comunidad orgullosa de su historia. Y esta plasmación tiene, además, forma de arte. Como acertadamente comentaba Xavier Salas, uno de los miembros del equipo promotor:

No solo se ha hecho un trabajo, sino que se ha hecho un trabajo de calidad. (...). Muchas veces, cuando se hace participación, lo primero que se critica es que los vecinos no son expertos, y por eso no saldrá una buena obra. Nosotros pensamos lo contrario, creemos que el experto es el vecino y por lo tanto es a él a quien se debe escuchar (UBTV, 2011, minuto 0:02:48).

Y es precisamente esta pieza de calidad producida en el proceso participativo la que genera un mayor sentido de comunidad y cohesión social entre los vecinos.

Paralelamente, la creación de un espacio simbólico de estas características también activa el conjunto de procesos que permiten establecer vínculos significativos con el entorno. El espacio como plasmación de la dimensión temporal/histórica del barrio resulta fundamental para la elicitación de la identidad social urbana (Valera y Pol, 1994) y la positivación individual y colectiva. Prueba de ello es que, a diferencia de otros espacios públicos del barrio, el mural prácticamente no ha sido intervenido por grafiteros y en el momento actual presenta la degradación propia de los materiales con los que se elaboró. Por cierto, el barrio se encuentra en estos momentos enzarzado en una nueva batalla con el Ayuntamiento para que este restaure adecuadamente el mural.

Figura 3

Perspectivas del Mural de la Memoria



Nota: Tomado de www.barodeviver.cat/tag/baro-de-viver/

Figura 4

Perspectivas del Mural de la Memoria



Nota: Tomado de www.barodeviver.cat/tag/baro-de-viver/

Este ejemplo nos ha demostrado que el arte público cumple una función simbólica muy importante en la creación y constitución del "sentido de pertenencia" a una ciudad. Sentido de pertenencia que se sustenta en los complicados mecanismos de apropiación del espacio, la adhesión a una identidad social idiosincrática. Y esto por varias razones:

En primer lugar, la construcción material de un espacio simbólico de reconocimiento social fortalece los vínculos comunitarios y con el barrio. Como

comenta una vecina en el video sobre el Mural de la Memoria (UBTV, 2011): “Todas las fotos que hay aquí han sido elegidas por el barrio, o sea, por los propios vecinos” (minuto 0:00:35).

En segundo lugar, el hecho de que tenga carácter artístico dignifica a su vez la memoria colectiva y la imagen que ofrece el barrio al resto de la ciudad. Así la Regidora municipal del Distrito de Sant Andreu proclama: “Podemos ver y tocar arte también en el Baró de Viver” (UBTV, 2011, minuto 0:01:35).

Por último, el espacio se convierte en receptáculo de recuerdos, emociones y experiencias personales y sociales, lo que refuerza el vínculo psicológico con el espacio en forma de apego al lugar y de identidad social urbana, como refleja este otro vecino:

Hay personas mayores que han subido aquí y ha sido un drama. Se han puesto a llorar, se han puesto a recordar... El que no tiene una foto de su padre, de su abuelo, de su nieto... Somos poquitos y muy mezclados, mucha gente es familia... Es como un pueblo pequeñito (UBTV, 2011, minuto 0:01:10).

El significado en la base

Baste añadir que este significado ambiental es, principalmente, un producto social, es decir, la manera que tenemos de dar sentido a nuestro entorno se basa en un conjunto de significados socialmente elaborados y compartidos acerca de variables ambientales, escenarios físicos o cuestiones ambientales. Veamos estos tres elementos con los tres últimos ejemplos.

En 1972 la Cumbre de la Tierra de Estocolmo definió por primera vez el ruido como contaminante ambiental. Pero fijémonos en la definición de la Organización Mundial de la Salud: ruido es cualquier sonido que es percibido como molesto. Evidentemente esta definición no se basa en los parámetros físicos del sonido (por ejemplo, no define ruido como un sonido fuerte) sino que lo hace en base a la relación psicológica que establecemos con el estímulo: ruido será cualquier sonido que, en un momento determinado, lo significamos como molesto, disruptivo y amenazante. Pero, claro, nuestro contexto social y cultural ha elaborado un catálogo de sonidos que son calificados de ruido, y músicos como Luigi Russolo, Edgar Varesse, Raymond Murray Schaefer o el mismo John Cage que han situado al ruido como materia musical o acervo cultural, todavía hoy son calificados de lunáticos por la mayoría de la gente.

Por lo que se refiere a los escenarios físicos, pensemos en qué hacemos cuando llegamos por primera vez a un pueblo. Casi con toda seguridad lo primero será

tratar de localizar la Plaza Mayor o plaza del pueblo. Allí esperamos encontrar gente, el ayuntamiento, la iglesia, quizás alguna oficina de información, muy posiblemente el principal bar. Y todo ello lo deducimos sin haber estado nunca allí. Este comportamiento responde al hecho de que compartimos un significado común acerca de cómo es una Plaza Mayor u otros escenarios ambientales - llamémosle categoría, representación social o construcción social-. Y la verdad es que la mayoría de las veces funciona.

Finalmente, también elaboramos significados socialmente compartidos acerca de las cuestiones ambientales. Es más, estos significados van evolucionando con el tiempo a medida que la sociedad que los ampara va cambiando el discurso sobre ellos. Así, los conceptos de sostenibilidad o cambio climático cobran carta de naturaleza, socialmente hablando, a partir de la fundamental Cumbre de la Tierra de Rio de Janeiro en 1992 (por cierto, su acto final acumuló en un mismo lugar la mayor concentración de poder de la historia de la humanidad hasta ese momento). A partir de entonces empezamos a ver el planeta y sus problemas de otra forma, aunque realmente existían desde mucho antes. Y esta visión más global y sistémica ha acabado cristalizando en nuestras ciudades a través de conceptos como urbanismo ecosistémico (Rueda, 2018), o resiliencia urbana (ONU-Habitat, 2016).

En definitiva, la consideración de la psicología ambiental como disciplina sustantiva no es una mera elección, sino un ejercicio de reconocimiento ante la necesaria atención a los aspectos psicológicos y al contexto social -o, mejor, sociofísico- donde se enmarca la intervención urbana. Y ello, porque es precisamente la psicología ambiental la que, con más propiedad, se ocupa de estudiar cómo los seres humanos, en tanto que conformadores de grupos sociales o comunidades, nos relacionamos con nuestros entornos y con los fenómenos a ellos vinculados.

Referencias bibliográficas

- Abdelrahman, M. (2020). Personality Traits, Risk Perception, and Protective Behaviors of Arab Residents of Qatar During the COVID-19 Pandemic International Journal of Mental Health and Addiction, doi <https://doi.org/10.1007/s11469-020-00352-7>
- Aragonés, J.I. y Américo, M. (2010). *Psicología Ambiental (3ª edición)*. Madrid: Pirámide.
- Bachelard, G. (1957). *La poétique de l'espace*. París: Presses Universitaires de France. Edición castellana: *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 1975.
- Barker, R. G. (1968). *Ecological psychology: Concepts and methods for studying the environment of human behavior*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona: Paidós.

- Corburn, J., Vlahov, D., Mberu, B., Riley, L., Teixeira Caiaffa, W., Faiz Rashid, S., Ko, A., Patel, S., Jukur, S., Martínez-Herrera, E., Jayasinghe, S., Agarwal, S., Nguendo-Yongsi, B., Weru, J., Ouma, S., Edmundo, K., Oni, T., y Ayad, H. (2020). Slum Health: Arresting COVID-19 and Improving Well-Being in Urban Informal Settlements. *Journal of Urban Health*, 97, 348–357, doi <https://doi.org/10.1007/s11524-020-00438-6>
- De Sousa, A.N. (12 de septiembre de 2018). Los arquitectos son egocéntricos. *Arquetipos*. Recuperado de: <http://arquetipos.arquia.es/>
- Downs, R.M., y Stea, D. (1977). *Maps in minds: reflections on cognitive mapping*. New York: Harper & Row.
- Duque, R. (2010). La difusión del concepto de gentrificación en España: Reflexión teórica y debate terminológico. *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, 15(875). Recuperado de <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-875.htm>.
- Esteban-Guitart, M. (2012). La psicogeografía cultural del desarrollo humano. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 59, 105-128.
- Gould, K.A. y Lewis, T.L. (2017). *Green gentrification: Urban sustainability and the struggle for environmental justice*. Oxon, England: Routledge.
- Granada, H. (2008). Psicología Ambiental. En C. Angarita (Comp.) *Psicología Social. Teoría y práctica*. Barranquilla (Colombia): Ediciones Univesidad del Norte.
- Hamnett, C. (1984). Gentrification and residential location theory: a review and assessment. En D. Herbert y R.J. Johnston (Eds). *Geography and the urban environment: Progress in research and application*, vol.6. Londres: Wiley.
- Hamnett, C. (2003). Gentrification and the Middle-class Remaking of Inner London, 1961-2001. *Urban Studies*, 40(12), 2401–2426. <https://doi.org/10.1080/0042098032000136138>
- Hart, R. A., y Moore, G.T. (1973). The development of spatial cognition: a review. En R. M. Downs and D. Stea (eds.) *Image and Environment*. London: Arnold.
- Horowitz, G.M. (1996). Public Art/Public Space: The Spectacle of the Tilted Arc Controversy. *The Journal of Aesthetics and Art Criticism*, 54(1), pp. 8-14.
- Ittelson, W. H., Proshansky, H. M., y Rivlin, L. G. (1972). *Bedroom size and social interaction of the psychiatric ward*. In J. F. Wohlwill y D. H. Carson (Eds.), *Environment and the social sciences: Perspectives and applications* (pp. 95–104). American Psychological Association.
- Jacobs, J. (1961). *The Death and Life of Great American Cities*. New York: Random House. Edición castellana: *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing. 2011.
- Jones, C.J., Philippon, T., y Venkateswaran, V. (2020). Optimal mitigation policies in a pandemic: Social distancing and working from home. *National Bureau of Economic Research*, 26984. Recuperado de <http://www.nber.org/papers/w26984>.

- Lee, T. (1968). Urban neighborhood as a socio-spatial schema. *Human Relations*, 21(3), 241-267.
- Leff, H. L. (1978). *Experience, Environment, and Human Potentials*. New York: Oxford University Press.
- Lefebvre, H. (1967). *Le droit a la ville*. París: Éditions Anthropos. Edición castellana: *El derecho a la ciudad*. 3.a ed. Barcelona: Península. 1975.
- Lynch, K. (1960). *The image of the city*. Boston: MIT Press. Edición castellana: *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili, 1985.
- Low, S. y Smart, A. (2020). Thoughts about Public Space During Covid-19 Pandemic. *City & society* (Washington, D.C.), 32(1), 10.1111/ciso.12260. <https://doi.org/10.1111/ciso.12260>
- Navarro, O. (2012). Perspectivas de la psicología social ambiental. En O. Navarro (Comp.) *Psicología social: temas, teorías y compromiso social* pp. 207-224. Medellín: Editorial Universidad de Antioquía.
- Milgram, S. (1984). Cities as Social Representations. En R. Farr y S. Moscovici (eds.). *Social Representations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Milgram, S. (1976). Psychological Map of Paris. En H.M. Proshansky, W.H. Ittelson y L. Rivlin (Eds.), *Environmental Psychology: People and their physical settings*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Milgram, S. (1977). *The individual in a social world: Essays and experiments*. Reading: Addison Wesley.
- Milgram, S., Greenwald, J., Kessler, S., McKenna, W. y Waters, J.A. (1972). A psychological map of Nueva York City. *American Scientist*, 60(2), 194-200.
- Miller, G.A., Galanter, E. Y Pribram, K.H. (1960). *Plans and the structure of behavior*. New York: Holt.
- Mohler, G., Bertozzi, A.L., Carter, J., Short, M.B., Sledge, D., Tita, G.E., Uchida, C.D., y Brantingham, P.J. (2020). Impact of social distancing during COVID-19 pandemic on crime in Los Angeles and Indianapolis. *Journal of Criminal Justice*, 68, 101692. <https://doi.org/10.1016/j.jcrimjus.2020.101692>
- ONU-Habitat (2016). *Guía de resiliencia urbana*. Recuperado de: <https://onuhabitat.org.mx/index.php/guia-de-resiliencia-urbana> (fecha de consulta febrero 2021)
- Pol, E. (1988). *La Psicología Ambiental en Europa. Análisis sociohistórico*. Barcelona: Anthropos.
- Pol, E. (1993). *Environmental psychology in Europe: From architectural psychology to green psychology*. London: Avebury.
- Pol, E., Valera, S., y Vidal, T. (1999). Psicología ambiental y procesos psicosociales. En J. Morales (Ed.) *Psicología Social*. Madrid: McGraw Hill.

- Proshansky, H. M., Ittelson, W. H., y Rivlin, L. G. (1970). *Freedom of choice and behavior in a physical setting*. In J. F. Wohlwill y D. H. Carson (Eds.), *Environment and the social sciences: Perspectives and applications* (pp. 29–43). American Psychological Association.
- O'Connor, E. (2020). Public space plays vital rol in pandemic [mensaje en un blog]. Recuperado de: <https://gehlpeople.com/blog/public-space-plays-vital-role-in-pandemic/>. (Fecha de consulta mayo 2021)
- Remesar, A., Padilla, S., Esparza, D. (2013). *Arte, ciudad, sociedad. Arte para todos, Arte con todos, Arte por todos*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Remesar, A. (2019). Twenty Years Working with Neighbours. Citizen Participation, Is It Possible? What We Have Learned in 20 Years. *Acta Universitatis Lodzianensis*, 33, 11-36.
- Rueda, S. (2018). *Carta para la planificación ecosistémica de las ciudades*. Recuperado de: https://etsav.upc.edu/ca/shared/cat/carta-para-la-planificacion-ecosistemica-de-las-ciudades_con-anexos_junio-2018-1.pdf (fecha de consulta febrero 2021)
- Samuelsson, K., Barthel, S., Colding, J., Macassa, G., Giusti, M. (2020). Urban nature as a source of resilience during social distancing amidst the coronavirus pandemic. *Landscape and Urban Planning*. Preprint DOI: 10.31219/osf.io/3wx5a
- Sen-Crowe, B., Elkbuli, A., y McKenney, M. (2020). Social distancing during the COVID-19 pandemic: Staying home save lives. *American Journal of Emergency Medicine*, 38(7), 1515–1539. <https://doi.org/10.1016/j.ajem.2020.03.063>
- Sequera, J. (2013). *Las políticas de gentrificación en la ciudad neoliberal: Nuevas clases medias, producción cultural y gestión del espacio público. El caso de Lavapiés en el centro histórico de Madrid*. (Tesis de doctorado) Universidad Complutense de Madrid) <https://eprints.ucm.es/23816/1/T34970.pdf>
- Tolman, E.C. (1948): 'Cognitive maps in rats and men'. *Psychological Review*, 55, 189-208.
- Trowbridge, C. (1913). On Fundamental Methods of Orientation and "Imaginary Maps". *Science*, 38(990), 888-897. Retrieved September 1, 2020, from <http://www.jstor.org/stable/1640920>
- UBTV (Productor) (2011). *El Mural de la Memòria de Baró de Viver*. Recuperado de: <https://www.ub.edu/ubtv/es/video/mural-de-la-memoria-de-baro-de-viver>
- Valera, S. (2020). El espacio público como red. Una aproximación entre la Psicología Ambiental y el Análisis de Redes Sociales. *Redes: Revista Hispana para el Análisis de las Redes Sociales*, 31(1), 30-45.
- Valera, S. y Pol, E. (1994). El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental. *Anuario de Psicología*, 62(3), pp. 5-24.
- Vidal, T., Salas, X., Viegas, I., Esparza, D., y Padilla, S. (2012). El mural de la memoria y la Rambla Ciutatd'Asunción del barrio de Baró de Viver(Barcelona): repensado la participación ciudadana en el diseño urbano. *Athenea Digital*, 12(1), pp. 29-53.
- Vidal, T. y Pol, E. (2005). La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares. *Anuario de psicología / The UB Journal of psychology*, 36(3), pp. 281-98.